

La Historia como presente

En fin de cuentas, lo más propio de la Historia es garantizar que pueda cambiarse, de verdad, la marcha de un pueblo, que se le faciliten esos saltos en su órbita, esto es, que, en último término, se le abra vía libre a la plena posibilidad de gobernarse a sí mismo.

J. A. Maravall. *La cultura del Barroco*

El presente siempre como meta. La Historia, en José Antonio Maravall, ha sido siempre algo vivo. Tanto su obra escrita como sus clases, sus conferencias, conversaciones y su vida entera de historiador en activo, hasta el último instante, han sido una búsqueda y nunca un subterfugio que consuele, o justifique, o sirva para la afirmación derrotista de que «todo es vanidad de vanidades», ese tópico que, desde que lo afirmara el hombre desesperanzado del Eclesiastés, ha seguido repitiéndose hasta nuestros días, aunque lo haya hecho vestido con muy diferentes ropajes. No, en Maravall el estudio de la Historia, su construcción, han sido siempre afirmación del tiempo, hecha muchas veces en encarnizada lucha contra él, contra los malos tiempos externos que, como a tantos otros, le tocó sufrir y contra el tiempo personal; una lucha que, como toda su obra, si por algo estuvo marcada fue por la esperanza.

Y esta afirmación del tiempo no le llevó ni a aquel tópico justificador de tantos abandonos, al reducir a la nada cualquier acción posible, ni tampoco a una triunfalista afirmación del irremediable progreso inserto en el devenir histórico, que negaría también, aun cuando lo hiciera en una dirección diferente, la capacidad transformadora de la acción de las gentes en la Historia, esa capacidad de «governarse a sí mismo».

Sus primeros artículos, centrados sobre su presente más inmediato, están ya animados por el mismo espíritu esperanzado que ha seguido latiendo en todos sus escritos, así como por una temprana denuncia de lo que no era en modo alguno justificable. Pero, desde muy pronto, el cuerpo central de su obra se dirigirá al estudio de un espacio y un tiempo muy determinados: la España barroca, término este que Maravall defendió desde muy pronto como el más apto para definir una cultura cuyos rasgos básicos quedaron magistralmente trazados en *La cultura del Barroco*, publicada en 1975, pero en la que se recogían análisis y aportaciones hechas a lo largo de décadas anteriores.

No se trata aquí de hacer una exposición de la muy extensa obra de Maravall (no habría espacio suficiente aquí para hacerlo sobre algo que abarca desde la Edad Media hasta el siglo XIX). Lo que sí me gustaría señalar es cómo su preocupación por otra época, tan aparentemente alejada del momento actual o de los problemas que azotaban a un deter-

minado período más contemporáneo, no estaba en modo alguno alejada del presente, animada siempre por ese objetivo que, de muy distintas maneras, defendió: el de lograr que los hombres llegaran a ser dueños de su propia historia y se gobernarán a sí mismos.

Esto quedaba claro en sus clases, en primer lugar. Los que tuvimos la suerte de tenerle como profesor —aunque, a mi juicio, la palabra «maestro» sería más correcta para designar su enseñanza: maestro en el doble sentido de quien domina un arte y de aquél que enseña a otros, con generosidad, el camino para llegar a conocerlo— podemos afirmarlo. Porque sus clases, aunque hablaran del barroco o de la España ilustrada y, por supuesto, cuando en ellas se analizaba la historia de España de los siglos XIX y XX, nos eran útiles para la aproximación crítica al presente gracias al análisis, que él hacía sin aspavientos y sin el fácil recurso a una terminología que, en tantas ocasiones, terminaba —en otros— imperando sobre el enorme vacío al que la pretendida carga ideológica que las palabras querían llevar no conseguía borrar. No eran los términos acotados lo más importante en sus clases, sino el método seguido para acceder al estudio de la realidad que en cada momento se estaba exponiendo. Un método en el que se incorporaban no sólo las abundantes referencias historiográficas españolas y extranjeras, necesarias para la comprensión, sino las de la literatura, el arte en sus diversas manifestaciones, la cultura popular. Pero también, y creo que es bueno recordar esto hoy, Maravall incorporaba en sus lecciones el estudio sociológico: ¿he de decir, de nuevo, que en sus clases, mejor que en otras más específicas, muchos aprendimos a conocer la obra de algunos de los teóricos sociales más avanzados? Para Maravall la Historia fue siempre historia social, y el título de su última obra así viene a reafirmarlo.

El presente está claro también en su vasta producción historiográfica. Ya lo he dicho antes. No trataré de hablar de todo lo que escribió, pero sí me gustaría hacer referencia, en la medida misma que ha sido lo que posiblemente más me interesó, a su análisis, continuado, constante, progresivamente creciente en profundidad y matizaciones, del poder. De las diversas caras del mismo. Del poder visto desde la óptica de la élite que domina, al que tantas páginas dedicó y del que su *Poder, honor y élites en el siglo XVII* es una buena muestra y un innovador estudio en muchos de sus aspectos. Del poder en tanto que organización, construcción humana y proyecto político estatal: las páginas de su *Estado moderno y mentalidad social* siguen siendo y lo serán por mucho tiempo, punto de referencia obligado para todos aquellos que deseen tener un mínimo conocimiento de la génesis estatal, no sólo en España sino en todo el Occidente europeo, y aún para quienes sostienen que no puede, en puridad, hablarse de Estado en este tiempo. Y del poder, sobre todo, en tanto que dinámica continua entre los distintos elementos que lo componen y aquéllos sobre los que se ejerce o intenta ejercerse. Dinámica que recorre, en unos casos, los canales establecidos y que, en otros, se ve dificultada o impelida hacia adelante por actuaciones llevadas a cabo al margen, o que intentan salirse de las vías establecidas y consideradas como «normales» para el desenvolvimiento adecuado de la sociedad.

Es el análisis de esta dinámica el que hace, en mi opinión, tan sugerente e innovadora la obra de Maravall. Porque en él se parte de la base establecida por un sólido acercamiento a la época histórica en que todos aquellos personajes marginados, o rebeldes, o que intentan trepar, como lo hace el pícaro, a través de los resquicios que la estructura

social deja entreabiertos, se mueven y crean una realidad viva. Acercamiento que hace posible que la Celestina, Don Quijote, Guzmán, Estebanillo, Lázaro, Pablos, Teresa o Justina, salgan de los meros límites del texto literario en que se originaron y se encarnen en un momento social, al que iluminan y, en parte también, conforman. Acercamiento que es logrado sin falseamientos o lecturas distorsionadas o, simplemente, sin el recurso a la transformación en realidades de carne y hueso, sin ninguna inserción en la realidad material de la España barroca, de personajes que, en su misma definición, no son sino máscaras, representaciones. Y para que esto se consiga hay que mirar cómo, a la par que todos esos estudios, están los que Maravall ha hecho sobre la España medieval, la idea de progreso en el desarrollo de una sociedad, la teoría política de los siglos XVI y XVII y toda una serie de análisis sobre los más diversos aspectos de la realidad histórica de aquel tiempo, estudios que ha ido publicando a lo largo de medio siglo de actividad ininterrumpida.

Esta aproximación global, que en ningún momento se pretendió «total» (Maravall dijo, en más de una ocasión, y así lo dejó escrito en algunos de sus libros, que la pretensión de una historia total suponía negar la misma historia), se hace siempre de modo equilibrado, lo que no contradice la continua presencia del asombro, de la curiosidad y, en tanto momento, de la indignación frente a los hechos injustos que se exponen y, sobre todo, frente a la supervivencia de algunos de estos hechos a lo largo de los siglos. No es difícil encontrar en la obra maravalliana críticas como la que sigue, hecha a propósito del descrédito y la visión negativa que la pobreza experimenta con el advenimiento de la modernidad: hay una frase en la literatura política del XVII, dice en su última obra, que «se diría más directamente ligada a la mentalidad conservadora decimonónica en su más estrecha y pretenciosa perspectiva, una frase que condensa la ofensiva e intolerable doctrina de Donoso-Cánovas sobre las inteligencias directivas de la sociedad... en el siglo XVII el mallorquín Vicente Mut escribirá "pobre es el que no sabe hacerse rico"... Según esta versión, ligada a la doctrina conservadora de la frustración, todavía hoy vigente, triunfar en la sociedad es una libre manifestación de capacidad personal y depende de las cualidades morales e intelectuales del individuo alcanzar o no el éxito».¹

Pero en Maravall la indignación no ciega: desenmascara y revela. Y esto se puede ver de forma nítida en su aproximación al mundo de la cultura barroca, en el que dicho proceso de revelación es paso imprescindible para el conocimiento y la crítica del mismo. Entre otros, fue Foucault quien, en *Las palabras y las cosas*, señaló en una similar dirección hace también bastantes años². Revelación hecha desde la distancia, que no desde el distanciamiento —y en esto cabría una equiparación entre ambos pensadores— desde la perspectiva, desde la clarividente separación de los discursos superpuestos que pueblan no sólo la literatura sino el teatro barroco, en el que Maravall mostró, en un libro pequeño pero magistral, los mecanismos de adaptación, el discurso contemporizador y de acatamiento sumiso al vigente orden establecido, hecho desde obras que, en algunos casos, se presentaban incluso bajo el ropaje de un lenguaje rompedor de viejas tradiciones³. Una revelación que, si es clara en toda la obra de Maravall, queda quizá más patente todavía en su último estudio, compendio y renovación de los anteriores. Me refiero, claro está, a *La literatura picaresca desde la historia social*.

¹ J. A. Maravall, *La literatura picaresca desde la historia social*. Madrid 1986, p. 75.

² M. Foucault, *Les mots et les choses*. París 1966.

³ J. A. Maravall, *Teatro y literatura en la sociedad barroca*. Madrid 1972.

Lo que ya se había apuntado a lo largo de toda su obra, lo que muchos habíamos tenido ocasión de irle viendo elaborar en conferencias, conversaciones, clases, en las continuas alusiones y en la constante interrogación hecha a lo largo del extenso período en que el libro se fue gestando, lo encontramos ahora entre las manos en un texto que es algo más de lo que su título dice, aun siendo éste toda una afirmación de un modo de entender lo que la Historia es, y debe ser, defendido largamente por su autor. Nos encontramos con una obra que traza el cuadro de toda una sociedad, a la que el pícaro, sujeto central, ilumina y en la que se constituye en punto desde el que enfocar con perspectiva privilegiada (*Atalaya de la vida humana*, subtitulará a su obra Mateo Alemán) las luces y las sombras, las posibilidades de avance y el cierre final del que el pícaro, figura simbólica a la par que sujeto real, es víctima mucho más que verdugo. Víctima a pesar de los discursos morales que intercala toda esta literatura y que, como Maravall señala certeramente, cumplen una función esencial en la misma: no son un mero adorno, ni una máscara con la que superar las trabas impuestas por la censura, sino que actúan como contrapunto iluminador de los comportamientos del personaje central de la novela y del mundo apicarado que lo rodea: contrapunto que, en algunas ocasiones, termina siendo una irónica y crítica visión de la falsedad y el fraude inherentes a la propia sociedad que lo elabora y sobre la que tal discurso actúa como cohesionador⁴; y así, el «todos mienten, todos roban», tópico de las literaturas sapienciales anteriores, se convierte, gran parte de las veces en que a él se alude, en un fuerte instrumento de crítica.

El análisis de las condiciones que hacen posible el surgimiento del pícaro es un cuadro completo del mundo barroco y de la crisis que, al igual que sucede en toda la Europa occidental, lo atraviesa en el siglo XVII. Y la picaresca, posiblemente mejor aún que los escritos de los economistas políticos de la época, permite apreciar las distancias existentes en la evolución de los distintos países. Porque como Maravall señala, aun cuando es cierto que en todo el mundo occidental se da esta nueva valoración de la riqueza y crecen las ansias de lucro y de ascenso social, las posibilidades reales de movilidad no se construyen de igual modo, siendo mucho mayores en aquellos lugares en los que, como Inglaterra o Francia, se da un impulso al desarrollo de las actividades manufactureras. Todavía existen, en esos países occidentales, trabas para el ascenso social, que se pueden encontrar en novelas del género que podría encuadrarse dentro del picaresco (nos remitimos a las abundantes referencias hechas, en la obra, a la *Moll Flanders* de Defoe o al *Simplicissimus* de Grimmelhausen, entre otros), pero que no llega a constituirse en el cuerpo literario que será en España. Aquí, la picaresca sería la respuesta individual a la búsqueda del medro social, hecha por aquel individuo que encuentra cerrados, o casi inasequibles, los canales válidos y escoge, como única vía posible, el camino fraudulento en el que las formas de la moral establecida, los gestos y los símbolos, se utilizan como meros instrumentos aparienciales para el logro de lo que se pretende. Logro que, como tantas veces se señala a lo largo de este último estudio de Maravall, termina siempre en un rotundo fracaso, cargado en la mayoría de las ocasiones de la amarga ironía que rezuman los autores de la novela picaresca.

Aunque, como ajustadamente señala Maravall, la picaresca no sea la novela de los pobres, como tampoco la de los conversos, ni tan siquiera la de los burgueses frustrados

⁴ J. A. Maravall, *La literatura picaresca...*, op. cit., fundamentalmente pp. 434 y ss.

en su intento de constituir un nuevo grupo social activo, lo cierto es que la pobreza, y la otra cara del espejo, la riqueza, están presentes a lo largo de toda la producción picaresca. Me interesa especialmente señalar la importancia del análisis dedicado en el libro a estos dos aspectos, y a la que se atribuye al triunfo y a la persistencia de una mentalidad tradicional sobre la pobreza, justificadora de la caridad y de la libertad del pobre para pedir, frente a la que defiende la justicia social como paso que supere la simple misericordia y evite todos los males que con ésta se acompañan. Creo que éste es uno de los grandes temas de la época, no sólo en España sino en todo el mundo occidental y sin una visión clara de los distintos planteamientos, los sujetos que los realizan y el triunfo final de uno sobre otro, no puede entenderse la evolución social, ni la política, del mismo modo que tampoco puede tenerse una clara apreciación de la misma evolución económica. Ya lo señaló tempranamente Maravall en su artículo sobre fray Juan de Robles⁵ y un amplio desarrollo de este tema está en el trasfondo de todo el estudio sobre la literatura picaresca.

Uno de los problemas de la época es el aumento del número de pobres y mendigos, muchos de los cuales abandonan los campos para ingresar en una muchedumbre de vagabundos que recorre los caminos y que acude, como recurso más lucrativo, a la ciudad. La oposición a afrontarlo, por parte de los grupos sociales dominantes y de los eclesiásticos que, salvo algunas excepciones, defenderán la vía de la caridad tradicional, de la no investigación de la pobreza, de la libertad para mendigar públicamente, trajo consigo «un entorpecimiento funesto para ordenar el trabajo lucrativo e industrial en España, cuyos penosos efectos han llegado hasta nuestros días»⁶ sostiene Maravall al exponer cómo esta tesis triunfaría, de hecho, sobre la de quienes defendían la reorganización de la sociedad, los que planteaban que el número de vagos no se debía únicamente a la ociosidad sino al hecho de que no existían trabajos suficientes, los cuales era preciso fomentar, incitando a los desplazados hacia el trabajo productivo y proporcionando, en su caso, ayudas para la financiación de actividades de este tipo. Esto hubiera permitido, según la tesis del libro, que nuestro país se acercara al camino seguido por otros países que fueron sentando las bases para la posterior revolución industrial. Los intereses dominantes en ese absolutismo monárquico-señorial que, según Maravall, es el concepto que mejor define nuestro sistema político del siglo XVII⁷ resultan más poderosos que las ansias de riqueza claramente manifiestas en la mentalidad moderna, y acaban triunfando sobre los impulsos de los grupos intermedios que tratan de constituirse en un poder efectivo.

El pícaro sería la respuesta a esto. Pero —y pienso que Maravall tiene aquí el acierto de situar al personaje en su justo lugar— no se puede entender su figura como la de un burgués que ha visto frustrados sus intentos de ascenso social, sino como las del residuo que, junto con otros marginados, dejan los grupos intermedios al desprenderse de los bajos y encuadrarse en el sector de los medianos⁸. El propio comportamiento del pícaro apunta en esta dirección. Lo que el pícaro busca, a través de cuantos medios, legales o fraudulentos, se ponen a su alcance, es el medro personal, individual, medro que es preciso entender —como Bataillon hiciera en sus últimas obras, coincidiendo con la interpretación mantenida por Maravall— como una búsqueda de la honra, del honor, siendo la riqueza la vía para lograr éste, para vivir como un «caballero». Pero este honor hay

⁵ J. A. Maravall, «De la misericordia a la justicia social en la economía del trabajo, la obra de fray Juan de Robles», *Moneda y crédito*, n.º. 148, Madrid 1979.

⁶ J. A. Maravall, *La literatura picaresca...*, op. cit., p. 53.

⁷ J. A. Maravall, *Poder, honor y élites en el siglo XVII*. Madrid, 1979.

⁸ J. A. Maravall, *La literatura picaresca...*, op. cit., p. 388.

que entenderlo, en la picaresca, no como virtud, no como algo intrínseco a la persona, sino como la obtención, al fin, de la deferencia por parte de los demás, el reconocimiento social del puesto privilegiado que los dominantes ostentan y que el pícaro lucha por alcanzar.

De ahí la importancia del análisis del pícaro, y su contemporaneidad. Es en el proceso de revelación de su figura donde la obra de Maravall resulta claramente enriquecedora para quien pretenda, no sólo conocer aquel mundo barroco, sino la sociedad actual. La aproximación a la figura del personaje se hace desde múltiples planos, utilizando los datos suministrados por los materiales de la época: la legislación, los procesos, los datos sobre la cifra de pobres y vagabundos, sobre el aumento experimentado por el número de los criados, de los delitos contra la propiedad, descripciones sobre la vida en la cárcel o los hospitales, datos sobre la economía, escritos teóricos sobre los problemas y las posibles soluciones a los mismos, etcétera. Y lo importante es que todo esto se hace dentro de un análisis comparativo, en el que se pone en relación lo que sucede en España con lo que en el resto de Europa ocurre. Y esta relación no se hace únicamente en el mero terreno material sino que se dirige asimismo al estudio de la mentalidad: a este respecto creo que resultan de una gran utilidad, y de imprescindible lectura, las páginas que Maravall dedica al tema de la ociosidad, tema que le ha venido preocupando desde hace tiempo y en las que muestra cómo este gusto por el no trabajar no es algo que sea intrínseco al carácter español, sino que es un fenómeno que se da en toda la cultura europea, señalando varios ejemplos en que el mismo problema es denunciado en otros países, pero que, en el nuestro, acaba convertido en «el» problema. Esto no ocurre tanto por su carácter previo sino por el hecho de ser el resultado directo de las condiciones entonces reinantes, que dejaban, como única vía de trabajo privilegiada, la del servicio.

Y el pícaro, que no es un rebelde, que no trata de cambiar para nada el orden existente, sino colarse entre sus grietas para llegar al nivel de los privilegiados que en él se encuentran, es alguien que no quiere servir. Tampoco mendigar: de hecho, y Maravall lo indica claramente, cuando el pícaro mendiga, lo que hace es utilizar, de forma fraudulenta, y en su propio e individual beneficio, el recurso a la mendicidad. Es el triunfo de la ficción de la mendicidad permitido por los que defendían la caridad tradicional a la que antes se aludió. Porque, al mendigar, el pícaro sueña que tal vez puede «salir de pobre», pero sirviendo nunca logrará salir de ahí. El servicio no es el camino para el medro, sino para el mantenimiento, como tal, de lo que ya es. Y no deja de ser significativo, a este respecto, que frente a la figura del pícaro, marginado y desvinculado de la sociedad, se dé la del gracioso, siempre criado o alguien dentro del mundo del servicio, y quien, a diferencia de aquél, funcionará como factor de integración⁹.

La única salida que la sociedad ofrece a alguien que, como el pícaro, es radicalmente individual y no quiere el camino que utilizará el rebelde, al intentar cambiar la estructura de la sociedad, es la búsqueda en soledad, marcada por la radical insolidaridad que caracteriza todo el comportamiento del personaje. Como muy bien dice Maravall «la soledad del pícaro es un estado de ruptura de solidaridad, de lazos altruistas con los demás, con los cuales, no obstante, sigue co-existiendo... pero transformando a los acompañantes en instrumentos para los móviles de la conducta picaresca»¹⁰. Y esta soledad es

⁹ J. A. Maravall, «Relaciones de dependencia e integración social. Criados, gratuitos y pícaros» en *Ideologies and literature*, n.º. 4, 1977.

¹⁰ J. A. Maravall, *La literatura picaresca...*, op. cit., p. 315.

consecuencia, en su opinión, de la crisis de conciencia respecto a los valores sociales y, muy particularmente, con respecto a la pobreza.

La búsqueda, no obstante, no conduce sino al fracaso. Aquí, de nuevo, está el doble discurso de la novela picaresca. La revelación de las fallas y el fraude de la sociedad barroca, muchas veces hecha por la vía de la ironía, termina en una rotunda afirmación del fracaso, sin apenas ninguna vía de salida que no sea el camino trillado de siglos. Habla Maravall del deseo de libertad que hay en el pícaro, de ser «dueño de sí», tan propio de muchos escritos de la época. Pero la libertad, en el pícaro, se caracteriza fundamentalmente por su rechazo al servicio, no por su aspiración moral: no es algo positivo, sino una reacción, una resistencia a la dependencia del poder ajeno.

Se analizan en la obra los caminos de la picaresca, la utilización espúrea que hace de los términos —como el de «libertad», o el que irónicamente hace de la voz «industria» para designar las artes de que su inteligencia se vale para mejor utilizar a los otros en el propio beneficio, manipulando de este modo el contenido positivo del término; algo similar ocurre con la «prudencia», que no es ya virtud moral, sino conducta tecnificada de quien aprende a estar al acecho, presto a saltar sobre la presa en el momento adecuado, o con las referencias que se hacen a la «moral» misma, presentada como la apariencia, las meras formas tras las que se vela la infinita vaciedad del mundo moral que dice sustentar y cuyo fraude, en algunos momentos, desenmascara—. Creo que en este análisis que discurre a lo largo de todo el estudio, se descubre uno de los rostros fundamentales de la sociedad en crisis, un retrato de un mundo social en el que, como muy bien señala su autor, el pícaro cumple, con su desviación, una doble función: la de deterioro por un lado y la de apoyo por el otro, del orden establecido. Es, por otra parte, la función que un determinado tipo de desviación cumplirá también en las sociedades contemporáneas, como han señalado repetidamente los teóricos sociales, cuyos análisis son aplicados, con medida, en la obra de Maravall.

Merece la pena detenerse un momento en esa función estabilizadora del pícaro, antídoto del rebelde en la sociedad barroca. «Frente a la miopía de algunos abruptos e inservibles moralistas —dice Maravall— los dirigentes, los políticos, los escritores preocupados de la situación social, se dieron cuenta de que la tolerancia del pícaro era el precio a pagar por conseguir sustraer a cierto tipo de individuos de llevar a cabo su incorporación a la rebeldía» y sólo cuando aumente de forma alarmante el número de los que siguen la vida apicarada, en pleno auge de la crisis social, es cuando el pícaro terminará convertido en criminal, en «carne de cárcel». El pícaro no es un rebelde, se conduce al margen de las normas sociales establecidas «no para introducir otro régimen diferente normativo, cosa a la que aspira el revolucionario, sino optando por moverse (con renuncia y retraimiento, con astucia y juego oculto) en el terreno de la irregularidad»¹¹.

Y para llevar a cabo ese proceso de ascenso, a través de esos caminos irregulares, el pícaro se desvincula de familia, patria, amigos, vida religiosa y usurpa, de forma sistemática, los signos de las capas altas de la sociedad, ostentatoriamente, exhibiendo el lujo en las ropas, la comida, los coches, los criados, cuando puede y, sobre todo, haciendo alarde de su ociosidad. Porque el pícaro, y creo que la caracterización que hace Maravall es absolutamente certera, lo que pretende es ser un caballero, y lo que a éste le caracteri-

¹¹ *Ibidem*, pp. 438-439.

za es el ocio. No es el ocio forzoso del que hablaban Moncada o Cellorigo, entre otros muchos escritores políticos de la época, sino el ocio que es símbolo de un sistema que, en la propia novela picaresca, se muestra en sus inicios de putrefacción, minado en sus mismas bases de sustento, carente de moral que lo cohesione y en el que el discurso religioso integrador se ha terminado convirtiendo en una mera caricatura. La obra de Maravall, a lo largo de las páginas escritas durante más de cincuenta años, a las que habría que sumar todas las reflexiones hechas en sus clases, en conferencias, en conversaciones particulares en todos esos años dedicados a hacer historia, resulta imprescindible para comprender la evolución de la sociedad barroca, las diferencias que existen entre la española y la de otros países, pero también —y esto quizá sea preciso repetirlo tanto como él lo hizo— la serie de coincidencias, de desarrollos similares y de planteamientos teóricos gemelos, que corroboran una vez más que, si la historia de España es algo «diferente», propia y peculiar de un determinado entorno geográfico, dicha historia no es en modo alguno ajena, y resulta en muchos momentos coincidente, con la que se desarrolla en todo el resto del Occidente europeo. Esa es, a mi juicio, otra de las aportaciones básicas en el modo de hacer historia en José Antonio Maravall, presente desde sus primeros artículos, clara en sus clases, evidente siempre en todas las orientaciones que dio a todos aquellos que tuvimos la suerte de emprender investigaciones por él dirigidas (¿cómo no recordar la paciencia, la generosidad y la insistencia sobre la importancia de no quedarnos encerrados en el estudio de lo que sucedía dentro de los límites espaciales que llamamos España, sino que habíamos de integrarlo en el mundo del que, indudable e inevitablemente, formaba parte, puesto que ésta era la única forma de poder comprender el desarrollo histórico de nuestro país y su presente?).

No hay páginas bastantes para exponer la importancia de su obra, ni la de su docencia, la de su entrega y entusiasmo. Porque Maravall no sólo era un hombre animoso, sino que era capaz de transmitir ese ánimo que generaba, de forma contagiosa. Y eso, junto a tantas otras cosas, que en estas páginas que intentan ser un recuerdo en su homenaje sólo se han apuntado, hacía de él un buen maestro. De tantos de nosotros...

Carmen López Alonso